

Los animales no están sometidos al sueño invernal, pero pasan toda la estación desfavorable en sitios donde el agua se agota, cobijándose entonces en el mismo fango. El citado naturalista refiere que los habitantes de aquellos países le aseguraron que á veces se ve levantarse lentamente el barro húmedo de los pantanos en grandes masas, y con ruidoso estruendo, cual si allí hubiese un volcán de barro. Si la persona que presencia el hecho sabe ya la causa que lo produce, huye presurosa, porque de allí sale, como resucitada por las primeras lluvias, una gigantesca serpiente boa ó un acorazado crocodilo. No falta quien haya puesto en duda lo que nos dice el célebre geólogo; pero exactamente lo mismo me refirieron á mí los indígenas de Africa, así como un europeo que presencié un hecho análogo.

Según parece, no todos los reptiles conservan una inmovilidad cataleptica, sino que muchos pasan aquel período como soñando, pues conservan cierta flexibilidad, ó por lo menos la recobran muy pronto cuando las circunstancias cambian; mientras que otros, no solo permanecen completamente rígidos é insensibles, sino que ofrecen dureza al tacto. Algunos cazadores que hallaron serpientes de cascabel en tal estado, se las llevaron á su casa metidas en un saco, y al acercarlas al fuego, enderezáronse muy pronto; pero volvieron á caer en el letárgico sueño al dejarlas de nuevo expuestas al frío. Si se repetían estas pruebas muchas veces seguidas, moría con frecuencia el reptil. La falta del aire exterior parece ser también en estos seres condición indispensable para el sueño invernal, según observa Schinz. Se comprende fácilmente que unos animales que en su estado normal pasan meses enteros sin probar alimento alguno, puedan hacer lo mismo durante un invierno; pero la verdad es que, así como los mamíferos sometidos al sueño letárgico, los reptiles consumen en tal estado parte de los jugos del cuerpo, aunque sea en poca cantidad. Esto se prueba por el hecho de morir durante el sueño los individuos que no estaban bien alimentados en el otoño. En unos seres cuyas funciones corporales se pueden interrumpir tan á menudo cuando se hallan en su estado normal, sin perjudicarse en lo mas mínimo, no es posible determinar hasta qué punto se paralizan aquellas, y en cuáles se verifica esto del todo. Es probable, sin embargo, que la circulación no se interrumpa, aunque se efectúe con suma lentitud, y que la respiración quede suprimida por completo durante este tiempo, lo cual no sería de extrañar, teniendo en cuenta que estos animales necesitan poco el oxígeno. De todos modos, el frío excesivo y continuado los mata también cuando no pueden preservarse de él convenientemente; es probable que entonces se hiele la sangre, y en tal caso, siendo ya imposible ni aun la mas lenta circulación, síguese la muerte como consecuencia inevitable. El consumo de los jugos del cuerpo se reconoce asimismo por la disminución de peso que se observa en estos animales al fin de aquel período; así, por ejemplo, una tortuga que pesaba cuatro libras y nueve onzas antes de entregarse al sueño, perdió durante él una libra y cinco dracmas. No debe creerse, sin embargo, que los reptiles se despiertan extenuados y sin fuerzas; muy lejos de ello, al salir de su letargo es cuando se muestran mas activos y vivaces.

MOVIMIENTO.—Los reptiles reptan, corren, trepan, saltan ó andan; de varios podemos hasta decir que vuelan, ó en otros términos, que pueden salvar espacios por medio de una membrana que existe entre sus dedos, de la cual se sirven como de un para-caídas; pero nunca les sería dado elevarse como el ave, sino solo descender. Por lo tanto, debe admitirse sin disputa, que las gigantescas especies de los tiempos pasados que estaban provistas de membranas análo-

gas, no se sirvieron de ellas ni pudieron volar, ó mas bien *revolotear* del mismo modo que los murciélagos actuales.

MARCHA.—El nombre de reptiles con que se designa á estos animales es exacto, porque reptan; su modo de andar y correr consiste en arrastrar el vientre; y esto se observa mejor precisamente en las especies mas ligeras. Verdad es que algunas tortugas pueden andar sin que toque su peto en tierra; pero adelantan tan poco, que su movimiento no merece el nombre de marcha; en cuanto á las tortugas acuáticas, todas rozan el suelo con la concha; y las marinas son casi mas torpes que los pinípedos para andar. Los lagartos se deslizan con mucha agilidad y rapidez; pero como sus extremidades sobresalen tanto del cuerpo, resulta que sus movimientos, comparados con los de los mamíferos, no dejan de ser fatigosos y torpes. Las serpientes, reptiles por excelencia, se valen en cierto modo de sus costillas para la marcha, pues no solo sirven de apoyo al cuerpo, sino también de verdaderas palancas movibles.

NATACION.—Los reptiles nadan de muchos modos; no hay uno solo que no sepa moverse sin dificultad en el agua; y si bien se cuentan varios á los que repugna este elemento, seguro es que ninguno morirá ahogado, pues hasta las mismas tortugas terrestres que caen al fondo del agua como una masa inerte, saben salir á tierra, aunque sea arrastrándose, y llegan al sitio donde habitan. Las tortugas de río nadan valiéndose de sus anchos piés á manera de remos; las marinas se distinguen aun mas en este ejercicio, merced á sus grandes aletas; los crocodilos se sirven principalmente de la cola, que hace las veces de un remo ó un timón en la popa de una lancha; y las serpientes y los lagartos, por último, nadan describiendo con su cuerpo espirales, ó como suele decirse culebreando, por cuyo medio adelantan con suma rapidez. Las verdaderas serpientes marinas, cuya cola aplana adquiere poco á poco la forma de remo, se mueven dentro del agua con sorprendente agilidad, y también lo hacen con poca ligereza las que no presentan la misma estructura. Como los reptiles no necesitan respirar mucho, pueden permanecer largo tiempo debajo del agua, aun aquellos que viven siempre en tierra.

DISPOSICION PARA TREPAN.—Muchos de estos animales son excelentes trepadores: ciertos lagartos y especies análogas suben por los árboles, aunque sea muy lisa su corteza, con la misma velocidad que corren por el suelo; las uñas largas y encorvadas á manera de hoz, que tienen muchos de ellos, ó los dedos asurcados, que se ensanchan en forma de disco, son los órganos mas á propósito para trepar á los árboles ó correr y sostenerse, con tanta seguridad como las moscas en la superficie inferior de las ramas ó de otros cuerpos. Las serpientes, por su parte, trepan del mismo modo que nadan, es decir, avanzan culebreando, y se adhieren tan íntimamente con sus costillas movibles á las sinuosidades, asperezas ó grietas exteriores de los árboles, que no pueden caer ni deslizarse por descuido.

MOVIMIENTOS INTERNOS.—Los que hacen los reptiles involuntariamente son mas defectuosos, si cabe, que los que ejecutan por su voluntad.

RESPIRACION Y RESISTENCIA VITAL.—La respiración y circulación de la sangre son por demás irregulares é imperfectas en los reptiles: la segunda está ciertamente subordinada á la primera; pero mucho mas independientemente que en los vertebrados superiores. En primer lugar, todos ellos respiran perezosa y lentamente, pudiendo resistir largo tiempo sin aspirar el aire renovado; por otra parte, la respiración depende en ellos de la voluntad mucho mas que en los animales de sangre caliente, pues llenan el pulmón de aire y lo expelen despues con lentitud. Solo una pequeña parte de la

sangre llega al pulmón para purificarse, según hemos visto antes; la arterial se mezcla bastante con la venosa, y de aquí resulta que no puede aumentar el calor del cuerpo ni exceder en mucho del ambiente. Añádase á todo esto la independencia relativamente grande de la masa nerviosa del cerebro, y por consiguiente la mayor insensibilidad, con lo cual coincide una resistencia vital extraordinaria. Varias tortugas sumergidas en aceite vivieron media hora; otras, á las que se habia sujetado con fuerza la boca, lacrándoles las fosas nasales, resistieron un mes; y algunas que solo podían respirar ácido carbónico, vivieron siempre mucho mas tiempo que los animales de sangre caliente sometidos á la misma prueba. Boyle puso una víbora debajo de la campana de una máquina neumática, y habiendo hecho el vacío, observó que todo el cuello y el cuerpo se hinchaban; la glotis subió hasta el mismo borde de la mandíbula inferior; vióse salir la lengua, mas á pesar de todo esto, media hora despues de tan horrible tormento, notáronse aun señales de vida en el reptil. Al cabo de veintitres horas, cuando se dió otra vez entrada al aire, la víbora abrió y cerró la boca, y al pellizcar su cola, se movió un poco. Una culebra vivió mas de once horas privada de aire. Resultados análogos se obtuvieron en otras pruebas, como por ejemplo, con tortugas sin cabeza, que á los once dias movieron aun sus miembros; uno de estos animales, al que habian quitado el corazón, los intestinos y el peto, se volvió al dia siguiente del otro lado y comenzó á arrastrarse. La cabeza cortada de una serpiente de cascabel, la de una víbora ó la de una tortuga muerden ó cogen, al dia siguiente de haber sido separadas del tronco, un palo que se les presente.

Todos estos ensayos prueban que el cerebro de los reptiles no influye en la actividad corporal, como sucede en los animales superiores, y por el contrario, cada miembro es mas ó menos independiente de los demás, lo cual explica la cualidad que tienen de reproducirse. Si se cortan á los lagartos los piés y á las serpientes la cola, les vuelven á crecer; las heridas que serían de muerte en las especies mas perfectas, se curan en los reptiles; y las deformidades no ejercen casi ninguna influencia en ellos.

Ya hemos dicho que la actividad vital de los reptiles aumenta á medida que sube el calor exterior; y hé aquí porqué la misma serpiente que vemos en un dia caluroso de verano parece otra en un dia frío. Los órganos respiratorios y circulatorios de la sangre no pueden dar calórico interior al reptil, el cual depende por lo tanto mas ó menos de la atmósfera exterior; la recibe en sí, vive en ella, y aunque su piel, su escudo, su coraza ó sus escamas se caldeasen de tal modo que al tocarlas nos quemásemos la mano, conserva este calor mucho tiempo, perdiéndolo despues poco á poco hasta que se restablece el equilibrio entre él y el calor propio. Los reptiles que se han caldeado por el sol exterior é interiormente se conservan calientes al tacto aun mucho despues de ocultarse el astro; pero su calor baja por la noche hasta nivelarse con los grados de la atmósfera exterior, y pierde durante el otoño ó en la estación fria tanto como recibió en verano. Esto explica también el hecho de que las especies que habitan en países mas frios se vean obligadas á retirarse en los meses de invierno y á dormir durante la estación fria, pues si no lo hicieran así, morirían á consecuencia del rigor del clima.

INTELIGENCIA.—De lo que precede resulta que las facultades intelectuales de los reptiles han de ser forzosamente muy limitadas, porque es imposible que un animal cuyo cerebro tiene tan poco desarrollo, pueda poseer la capacidad que llamamos inteligencia. Si esta no es exactamente proporcionada al volúmen de aquel, guarda por lo menos

cierta relación, y sabiendo ya que la que existe entre el peso del cerebro y el del cuerpo es en el hombre como de 1 á 40, y de 1 á 1850 en la tortuga, fácilmente se colegirá lo que pueden ser las facultades intelectuales de este animal. Y entiéndase que no es solo la poca cantidad, sino también el escaso desarrollo y la imperfección del cerebro, lo que coloca á los reptiles en un grado tan bajo en la escala de los seres. Dado el caso mas favorable, solo presentan vestigios de cualidades superiores, y hasta cierto punto no son mas que máquinas inconscientes. Según se dijo mas arriba, apenas se observa desarrollo intelectual en todos los individuos de esta clase; solo se reconocen con frecuencia en estos animales alucinaciones, ó sea la comprensión incompleta y defectuosa de las cosas exteriores. En los reptiles no se observan sino los efectos del trabajo mental mas rudimentario, lo cual no merece el nombre de inteligencia propiamente dicha. Cierta facultad para orientarse, un limitado conocimiento de lo que es ó no comestible, es decir, de lo útil y perjudicial, acaso también una comprensión de lo que es hostil, y por último, el instinto de reproducirse, son los únicos indicios de la capacidad intelectual de los reptiles. La graduación de esta última en toda la clase es casi imperceptible, por mucho que se diferencien los individuos en cuanto á sus cualidades exteriores. En algunos, sin embargo, se ha notado cierta disposición para aprender; en otros alguna solicitud con su progenie, por efecto tal vez de una excitación sexual, en muchos una irritación que se ha querido comparar con la ira; en varios malignidad ó perfidia; pero en muy pocos el conocimiento de su propia fuerza. En ningun reptil llega la capacidad mental hasta la astucia, cualidad que también dista mucho de ser una prueba de superioridad intelectual y de su afecto á otros animales. En cuanto al cariño entre los sexos y á su amor á la progenie, he dicho mas de lo que el asunto merece, atendidas mis propias observaciones. En los reptiles no se reconoce tampoco la menor huella de ese instinto industrial y artístico observado en los animales superiores, á no ser que se quiera considerar como tal el trabajo que ejecutan para practicar los agujeros donde las hembras depositan sus huevos, amontonando alguna hojarasca á fin de conservarlos mejor. Saben elegir sitios convenientes para albergarse, como son rendijas, hendiduras, hoyos y otros huecos; también es verdad que adquieren en cierto modo la costumbre de volver siempre á sus guaridas despues de sus excursiones, conservando como un recuerdo de la localidad; pero se encariñan con ella como los mamíferos. En cuanto á ese instinto de construcción que tan claramente se manifiesta en las aves cuando hacen sus nidos, es cosa completamente desconocida entre los reptiles; y por lo que hace á la prevision que manifiestan para conservar su progenie, no puede compararse tampoco con lo que sugiere á los mamíferos y á las aves el instinto de la reproducción. Los vertebrados superiores eligen sus guaridas con verdadera comprensión; pero el reptil sigue en esto el impulso del momento, y difícilmente reconoce diferencia alguna entre las que son buenas y malas. No puede negarse que llegan á ser tímidos y miedosos allí donde se les persigue con frecuencia; pero tal vez no sepan distinguir los peligros verdaderos de los imaginarios. Difícilmente llama su atención el hombre que permanece inmóvil en su sitio; hecho que se observa en toda la clase; solo hacen caso de él, ó les parece hostil cuando se mueve ó produce un rumor.

Los crocodilos de Egipto han llegado á tener una vaga idea de lo peligroso que el hombre es para ellos; pero no saben distinguir entre el negro y el blanco, ni comprenden que este último es su enemigo mas terrible, puesto que no pierde ocasión de exterminarle á balazos. Los mamíferos y

las aves nos dan en esto precisamente una prueba de su mayor perspicacia, lo cual nos demuestra una vez mas que los animales superiores se guían en sus actos por las circunstancias, reciben impresiones, se afectan por ellas y obran en consecuencia. Pueden estar alegres ó tristes, satisfechos ó enojados, segun la situacion del momento; pero en los reptiles no se observa nada por el estilo. Ninguno de ellos retoza ni se divierte, ni está triste ni contento; solo experimentan acaso satisfaccion cuando se hartan de comer, y al recibir la impresion del calor que les vivifica. Dicese que algunas serpientes oyen con placer la música; y yo mismo he visto que los juglares egipcios consiguen que estos reptiles se enderecen y dancen en cierto modo al son de un caramillo; pero ignoro hasta qué punto serán debidos los movimientos del reptil á los acordes del instrumento, y qué conexión podrá haber entre unos y otros. En todo caso, dificilmente podria compararse esta pretendida afición á la música con la influencia que visiblemente ejerce en ciertos mamíferos, por mas que parezca cosa demostrada que obran con bastante fuerza sobre el reducido cerebro de los reptiles las excitaciones de los sentidos. Se ha observado, entre otras cosas, que durante el tiempo de la reproducción no ven ni oyen, ni parece existir para ellos el mundo exterior; en dicho período se muestran indiferentes á los peligros que de seguro evitarian en cualquiera otra época; y en una palabra, su modo de conducirse difiere en un todo. De esto se podria deducir que una impresion material absorbe temporalmente toda la actividad de su cerebro, suposición que no deja de justificarse muy bien; podria decirse que su vida es puramente sensual, aunque no debe negárseles por completo cierta aptitud para aprovechar las lecciones de la experiencia y utilizarlas de la manera que mejor les conviene. La serpiente venenosa comprende que tiene un arma mortífera, y espera tranquila á que el tósigo haga su efecto; la culebra, la tortuga, el crocodilo y el lagarto se acercan cautelosamente á su presa, la persiguen ó la acechan, precipítanse de pronto sobre ella y tratan de cogerla. Por otra parte, todos los reptiles se domestican hasta cierto punto, es decir, se acostumbran á la persona que les da de comer; pero nunca saben distinguir entre ella y las desconocidas. Yo he visto que algunas serpientes venenosas se habian amansado hasta el punto de tolerar que les quitaran su alimento; pero tambien observé que mordian las tenazas de hierro con las cuales se les presentaba la comida, olvidando del todo que muchas veces se habian hecho daño con ellas. Estos reptiles, aunque estén amansados, son siempre peligrosos si pueden moverse con libertad, porque desconocen todo sentimiento afectuoso, y solo puede esperarse de ellos perfidia y perversidad. El reptil no se encariña con otros animales, ni aun con los de su misma clase; lo único que de él se consigue es hacerle perder el temor ó que manifieste indiferencia. Entre estos seres tan inferiores no existe el carácter de verdadera sociabilidad; si á veces se ven centenares de tortugas, ó veinte ó treinta crocodilos juntos calentándose al sol, bien se puede asegurar que ninguno de ellos se cuida del otro, á no ser que intervenga la necesidad de aparearse. Tampoco se reúnen jamás para la defensa común, ni se dejan guiar por uno de ellos. Se han referido muchas cosas acerca del amor paternal del crocodilo, y de la solicitud de ciertas serpientes con su progénie; pero falta saber si tales cuentos se fundan en hechos positivos. Asegúrase que los crocodilos corren presurosos en auxilio de sus pequeños cuando les amenaza un riesgo, y que algunas serpientes habian salvado á su progénie llevándosela en la boca; pero yo no me atreveré á emitir parecer acerca del grado de veracidad de semejantes hechos.

GÉNERO DE VIDA.—El género de vida de los rep-

tiles es por demás monótono: la mayor parte de ellos son probablemente nocturnos, ó por lo menos, el número de estos últimos excede á lo que comunmente se cree. En cuanto á las tortugas, son nocturnas con preferencia todas las que no habitan en tierra firme; los crocodilos cazan tambien al acercarse la noche, aunque no dejan de aprovechar toda ocasion de hacer una buena presa durante el dia; los gecós y casi todas las serpientes venenosas salen á cazar despues de ponerse el sol; solo los lagartos y la mayor parte de las culebras pueden considerarse como animales diurnos propiamente dichos. Como ya se comprenderá, el agua influye en el régimen de vida, en cuanto no permite á los animales que en ella viven reconocer la marcha del tiempo con tanta facilidad como los que habitan en tierra; pero sea como fuere, las mas de las especies son nocturnas.

REPRODUCCION.—Con la llegada de la primavera comienza á manifestarse en los reptiles el instinto de reproducirse. Los que habitan en los países septentrionales aparecen en los primeros dias calurosos de dicha estacion y los que viven en países templados y cálidos, donde suelen enterrarse durante el invierno, salen de su retiro despues de las primeras lluvias.

Llegado el período del celo, trábanse entre algunos reptiles encarnizadas peleas: los crocodilos se persiguen entre sí con furor; otro tanto hacen los lagartos; las serpientes y culebras se reúnen en determinados sitios, y entrelazándose confusamente, forman masas espantosas, que ofrecen á la vista un espectáculo tan repugnante como terrorífico. Manifiestan su excitacion con ruidosos silbidos y otras demostraciones, hasta que al fin quedan apareados los sexos. Vemos, pues, que el instinto de la reproducción produce marcados efectos en los reptiles; la generacion propiamente dicha dura muchos dias, y hasta semanas; pero una vez concluida, la aparente violencia del amor entre los machos y las hembras se cambia en la mas fria indiferencia, al menos en el mayor número de especies. Pasado cierto tiempo, la hembra busca sitio conveniente para depositar sus huevos, ó formar lo que pudiera llamarse nido, en el caso de no dar á luz su progénie viva. Los huevos de la mayor parte de los reptiles tienen la cáscara como apergamínada; el número de los de cada hembra varía entre seis y ciento cincuenta, y los depositan en agujeros, abiertos por el mismo animal cuando no encuentra alguno debajo de tierra. Eligen sitios húmedos y cálidos, donde haya musgo ú hojarasca, y allí los dejan dispuestos de modo que puedan incubarse con el calor del sol ó la fermentacion de los vegetales, sin acordarse ya mas de ellos. Dicese, como ya indiqué antes, que los crocodilos y las serpientes constituyen una excepcion de esta regla. Los hijuelos se desarrollan rápidamente en pocas semanas, y conservan el mismo género de vida que sus padres desde el dia que salen del huevo.

CRECIMIENTO.—Todos los reptiles sin excepcion, crecen con increíble lentitud, de suerte que tambien por este concepto se reconoce la marcha perezosa de su organizacion entera. Esta clase no ofrece ejemplo alguno que pueda compararse con lo que se observa entre los mamíferos y aves respecto al desarrollo rápido, porque en ella, hasta las especies inferiores necesitan algunos años antes de poder reproducirse; pero en cambio gozan de larga vida. Se han conocido tortugas que vivieron cien años ó mas en el recinto donde estaban encerradas: los indígenas de Africa han observado en un mismo sitio ciertos crocodilos desde tiempo inmemorial; y así se explica que las serpientes mas grandes vivan igualmente muchísimo tiempo. En cuanto á las enfermedades, parece que son muy raras entre los reptiles, aunque no han dejado de observarse algunas en individuos en-

cerrados. A pesar de lo dicho anteriormente, pocos de estos animales llegan á lo que llamamos decrepitud: los mas de ellos mueren violentamente, y de todos modos por causas exteriores.

UTILIDADES Y PERJUICIOS.—«En el reino animal nada ofrece tan sorprendente contraste entre lo útil y lo pernicioso como la clase de los peces y de los reptiles. En la primera, casi todo es comestible; pueblos enteros se mantienen de ella; y acaso no exista hombre alguno en el mundo que no coma, ó por lo menos que no pueda comer pescado. Entre los reptiles nada sirve de alimento, exceptuando las ranas y las tortugas, á no ser que haya algunos salvajes que coman la carne de otros. Si á esto se añade el beneficio que da la concha de las tortugas, tendremos con corta diferencia, todo lo que en los reptiles pueda servir de alguna utilidad.

»Aquellos que creen que todo lo existente fué creado por amor al hombre, á fin de poner á su disposicion seres que le sirvan de recreo, de alimento, ó para beneficiarse de ellos de diversos modos, cuando no se complace en martirizarlos, podrian preguntar con qué objeto se crearon los reptiles y los anfibios, que solo excitán generalmente repugnancia y repulsion, al paso que la clase de los peces constituye para nosotros un buen alimento. En vano se elogian los bonitos colores de la serpiente, el carácter inofensivo de los lagartos y la cualidad nutritiva de las tortugas; por mas que digan, la verdad es que todos los reptiles inspiran una repugnancia universal, que no bastarian á desterrar todos los racionios del mundo. Seguramente no se puede negar que constituyen la única clase que con su mortífero veneno son una perpetua amenaza para nosotros; todos estos animales acechan su presa para precipitarse sobre ella de improviso; y aunque sean los únicos que en cierto modo se parecen á los mamíferos, difieren en muchos de ellos por su manera de conducirse. Su desnudez, por otra parte, nos inspira la misma repugnancia que sentiríamos al ver animales de otra clase sin su cubierta natural; nos parecen mamíferos contrahechos y asquerosos. Los peces no producen igual impresion en nosotros, porque sus formas difieren demasiado de las del hombre y de los mamíferos superiores, y además porque su aspecto no deja de ser agradable y huyen con rápidos movimientos en vez de acometernos. Por lo demás, la relacion entre ambas clases animales y el hombre es puramente sensual: los peces satisfacen para nosotros una necesidad, sirviéndonos de alimento; los reptiles nos inspiran tan solo repugnancia y asco; aquellos recrean la vista, nos acercamos á ellos, y hasta intentamos cogerlos con la mano; pero huimos de los segundos para evitar su contacto. No menos curiosa es la relacion que existe, bajo el punto de vista moral, entre las aves y los mamíferos por un lado y el hombre por otro. Aquellas nos sirven de recreo y pasatiempo; las conservamos en nuestras habitaciones, no por la utilidad que nos dan, sino por pura diversion, pues ni su carne ni sus huesos podrian reportarnos un beneficio de consideracion. Los mamíferos, por su parte, son nuestros auxiliares y nos prestan servicios análogos á los del hombre; trabajan para nosotros, labran los campos, etc.; y podemos decir que las cuatro clases superiores nos sirven de alimento, de recreo y de auxiliares. Los reptiles no producen estas utilidades; mas no por eso debe creerse que son del todo inútiles.»

Así contesta Oken á los que tienen por costumbre preguntar á cada momento cuál es la utilidad y conveniencia de todo lo creado. Yo miro las cosas bajo otro punto de vista, porque no pierdo el tiempo en hacer deducciones cuando estas son inútiles para llegar al conocimiento deseado; y acepto los hechos tal como son. No figuro yo seguramente en el número de los que manifiestan simpatías por

los reptiles y los anfibios; pero esto no me impide sostener que la clase merece nuestra atencion, tenga ó no utilidad para nosotros, aun cuando solo fuese con el objeto de contribuir á desterrar toda clase de antiguas preocupaciones, fundadas ó infundadas. Ya he dicho en otro lugar que no nos gusta ocuparnos de estos seres; pero es preciso dar al olvido el odio heredado de nuestros antecesores, que nos explican ingenua y sencillamente las creencias legendarias; es necesario reprimir los impulsos de enconada saña que algunos tratan de comunicarnos, procurando hacer justicia á los reptiles y anfibios. En vano se ha esforzado la ciencia, durante el trascurso de los siglos, en desterrar de la humanidad el error arraigado, hasta en cabezas privilegiadas, respecto á dichos animales; todo fué siempre inútil, y ni aun hoy se ha podido conseguir que desaparezca el sentimiento de temor que inspira á las almas sensibles hasta la inofensiva rana ó una simple culebra. Lagartos y sabandijas que matan los niños con una caña causan pavor á personas instruidas, y de nada han servido todos los esfuerzos de los naturalistas para tranquilizar á los tímidos. No puede darse espectáculo mas singular, ó mejor dicho, mas grotesco, para el hombre, que con ánimo tranquilo y sin preocupaciones considera las cosas como son, que ver los ademanes de las personas que se dicen instruidas, cuando les sale al encuentro un reptil ni deja tampoco de prestarse este hecho á ciertas consideraciones. ¿No es muy extraño que nosotros, los hombres poderosos, los que deseamos dominar el mundo y ser considerados casi como semi dioses; nosotros, que presumimos que todo fué creado en beneficio nuestro, y nada para nuestro daño, y que exigimos á todas las demás criaturas reconozcan nuestra omnipotencia, sometiéndose á ella; no es extraño, repito, que temblemos como niños ante unos seres tan inferiores á nosotros? ¿No es vergonzoso que al ver reptiles nos conduzcamos casi de la misma manera que lo hacen los monos, nuestras caricaturas?

Entiéndase que no digo esto para que se crea que me propongo hacer propaganda en favor de los reptiles; que trato de disminuir, aunque solo fuera una gota del veneno de la víbora, ni de presentar los dientes del crocodilo menos acerados de lo que son. Harto sé que la utilidad que pueda reportar al hombre toda esta clase se reduce á bien poca cosa, y que no debe menospreciarse el daño que causaria un solo individuo.

La mayor parte de los reptiles se alimentan de animales que son nocivos para nosotros; y si hay entre ellos algunos herbívoros, no nos perjudican con esto en la menor cosa, aunque ni los unos ni los otros tengan por otra parte importancia para nosotros. Casi todos los lagartos, sin excepcion, y las serpientes de nuestro país, son en cierto modo útiles porque exterminan los ratones y diversos animales dañinos, como insectos, caracoles, gusanos y otros por el estilo; pero el consumo que hacen es tan insignificante que no merece mencionarse la utilidad que producen. El aficionado al caldo y á la sopa de tortuga puede felicitarse de que existan tales seres, que además nos dan la concha, si tiene la dicha de vivir cerca del mar; y aquel que se complace en conservar reptiles cautivos, debe agradecer la satisfaccion que le proporciona observar á estos animales; pero si hay en cambio personas que se muestran celosas para matar todos los reptiles, ó por lo menos todas las serpientes que puedan encontrar, no harán con esto ningun daño, segun he dicho antes. Tenemos derecho de anatematizar sin miramiento cualquiera crueldad que el hombre cometa con los animales, ó que les prive de la vida sin necesidad; pero tambien es justo disculpar al que espantado ante una culebra, le aplaste la cabeza, porque el hombre vale mas que un insignificante rep-